



PRIMERA CHARLA

María en la Sagrada Escritura

DESDE LA PRIMERA PÁGINA

María no aparece de pronto en el Evangelio. Dios la anuncia en la primera página de la Biblia, cuando le dice a la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza» (Gn 3,15). San Ireneo, en el siglo II, vio en ella a la nueva Eva: «El nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María» (Catecismo 494).

Isaías anuncia que «la joven está embarazada y dará a luz un hijo» (Is 7,14). El hebreo dice «joven»; los judíos lo tradujeron al griego como «virgen» dos siglos antes de Cristo, y así lo recoge san Mateo: «La Virgen concebirá» (Mt 1,23). La Iglesia no inventó nada. Leyó lo que ya estaba escrito.

LA ANUNCIACIÓN

El ángel no la saluda por su nombre: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28). Dios la llama por lo que es.

Ella no se lo cree sin más: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?» (Lc 1,34). Zacarías también había preguntado, y se quedó mudo. Él dudaba de la promesa; ella pregunta cómo se va a cumplir. La fe no consiste en dejar de preguntar.

Y responde: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Dijo que sí sin garantías.

LA VISITACIÓN

Isabel, llena del Espíritu Santo, la llama «la madre de mi Señor» (Lc 1,43) y le dice: «Feliz de ti por haber creído» (Lc 1,45). Es la primera bienaventuranza del Evangelio de san Lucas, y no la recibe por ser madre, sino por haber creído.

María responde cantando: «Mi alma canta la grandeza del Señor, porque él miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz» (Lc 1,46-48). Se llama pequeña y anuncia que será honrada. Las dos cosas son verdad.

Tampoco ella lo entendía todo, y lo guardaba: «María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19).

CANÁ

Nadie le ha dicho nada, y ella se da cuenta: «No tienen vino» (Jn 2,3). Después dice a los sirvientes sus últimas palabras en el Evangelio: «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2,5). No vuelve a hablar. Lo último que nos deja es una invitación a hacerle caso a su Hijo. Y la escena termina así: «sus discípulos creyeron en él» (Jn 2,11).

AL PIE DE LA CRUZ

«Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre» (Jn 19,25). Los demás habían huido; ella estaba. Y Jesús, antes de morir, nos la entrega: «Mujer, aquí tienes a tu hijo... Aquí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27).

Cuando nace la Iglesia, está ahí otra vez. Los apóstoles «se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús» (Hech 1,14). No predica ni dirige. Reza en medio de ellos.

HASTA LA ÚLTIMA PÁGINA

«Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza» (Ap 12,1). La mujer de la primera página vuelve en la última. María está en las dos puntas de la Escritura.

PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué fue lo que más le sorprendió de lo que acabamos de leer?
2. Zacarías preguntó y se quedó mudo; María preguntó y no le pasó nada. ¿Qué diferencia hay entre las dos preguntas?
3. Ella se llama pequeña y a la vez anuncia que será honrada. ¿Cómo encaja eso con nuestra manera de hablar de la Virgen?



SEGUNDA CHARLA

Por qué la veneramos

ESTO NO LO INVENTÓ LA EDAD MEDIA

En las catacumbas de Priscila, en Roma, hay un fresco de la Virgen con el Niño pintado a principios del siglo III por cristianos perseguidos. Del mismo siglo es un papiro con la oración mariana más antigua que se conserva, que seguimos rezando: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, ¡oh Virgen Gloriosa y Bendita!».

El Concilio de Éfeso, en el año 431, la proclamó Madre de Dios, no para exaltarla a ella, sino para defender que Cristo es uno solo. Casi todo lo que la Iglesia enseña de María está defendiendo algo de Cristo.

HONRAR NO ES ADORAR

La adoración es solo para Dios. A los santos los veneramos, y a María con una veneración especial. Uno honra a su madre y no la adora. El Concilio Vaticano II lo dice con precisión: el culto a María «es esencialmente diferente del culto de adoración que se da al Verbo encarnado» (LG 66).

POR QUÉ LE PEDIMOS A ELLA

San Pablo escribe: «Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo» (1 Tim 2,5). Pero cuatro versículos antes ha pedido «que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres» (1 Tim 2,1). Un solo mediador no quiere decir un solo intercesor. Cuando le pedimos a un amigo que rece por nosotros, no le quitamos nada a Cristo. Con María, tampoco.

UNA SOLA MARÍA

Guadalupe, Fátima, Lourdes, el Carmen, el Rosario, la Esperanza... No son vírgenes distintas. Es la misma María, recordada en un lugar o en un momento de su vida. Por eso no tiene sentido decir que una es más milagrosa que otra.

Las apariciones son revelación privada. El Catecismo enseña que «no pertenecen al depósito de la fe» y que no vienen a completar la Revelación de Cristo, sino a ayudarnos a vivirla (CIC 67). Aprobarlas no obliga a creerlas; lo que sí obliga es lo que piden, porque ya estaba en el Evangelio.

EL ROSARIO

Nació como el salterio de los pobres: quienes no sabían leer los ciento cincuenta salmos rezaban ciento cincuenta avemarías. Tras la victoria de Lepanto, el 7 de octubre de 1571, nació la fiesta de Nuestra Señora del Rosario; León XIII le dedicó octubre, y en Fátima la Virgen se presentó como «la Señora del Rosario».

¿Y la repetición? Jesús dice: «Cuando oren, no hablen mucho, como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados» (Mt 6,7). No condena repetir, sino creer que con muchas palabras se obliga a Dios. Él mismo, en Getsemaní, oró «repitiendo las mismas palabras» (Mt 26,44), y en el cielo «repetían sin cesar» el Santo, santo, santo (Ap 4,8). Lo que vacía una oración no es repetirla, sino no estar en ella.

El Catecismo llama al Rosario «síntesis de todo el Evangelio» (CIC 971), y san Luis María Grignion de Montfort escribió que es «grande, sublime y divina; un arma infalible para convertir a los pecadores».

PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Le han dicho alguna vez que los católicos adoramos a María? ¿Qué respondió?
2. ¿Ha oído discutir si una virgen es más milagrosa que otra? ¿Qué habría que responder?
3. ¿Es justa la crítica de que a veces rezamos el Rosario de prisa y sin pensar?

Las dos charlas en audio, y esta misma hoja: paideiacatolica.com/jornadamariana

